

femenina? Helo aquí; pero advirtiéndole que las dos últimas, de las cinco máximas siguientes, nos las ha enseñado un filósofo ecléctico del siglo XVIII.

## XVIII

La mujer virtuosa tiene en el corazón una fibra más, ó una fibra menos que las demás mujeres: es estúpida ó sublime.

## XIX

La virtud de las mujeres es quizá cuestión de temperamento.

## XX

Las mujeres más virtuosas tienen en sí algo que no es casto.

## XXI

«Que un hombre de talento dude alguna vez de su querida, se comprende; pero de su mujer... ¡es necesario ser muy brutal!»

## XXII

«Los hombres serían muy desgraciados si, cuando están al lado de sus mujeres, se acordaran para nada de ciertas cosas que están cansados de saber.»

El número de mujeres raras que, como las vírgenes de la parábola, han sabido conservar su lámpara encendida, parecerá siempre muy escaso á los defensores de la virtud y de los buenos sentimientos, pero de todas maneras hay que restarlo de la suma total de mujeres honradas, resta consoladora que aumenta el riesgo para los maridos, hace mayor el escándalo y no favorece á las esposas legítimas.

¿Qué marido podrá, sabido esto, dormir tranquilo al lado de su joven y bellísima consorte? ¡Pensar que siempre hay, por lo menos, tres solteros soñando con su mujer! Los tales, aunque no hayan todavía mermado su propiedad, consideran á la casada como una presa legítima, que tarde ó temprano ha de ser suya, ya por astucia, ya por conquista,

ó ya por buena voluntad. ¡Es imposible que no acaben por obtener la victoria!

¡Conclusión que asusta!

Los puristas en moral dirán al llegar aquí que presentamos unos cálculos desoladores; querrán sin duda salir á la defensa, ó de las mujeres decentes ó de los solterones; pero hemos reservado para ellos una postrera observación.

Aumentad á capricho el número de las mujeres decentes, ó disminuíd el número de los solteros: siempre os resultará mayor número de aventuras amorosas que de mujeres decentes; encontraréis siempre una masa enorme de solteros, obligados por nuestras costumbres á tres géneros de crímenes.

Si permanecen castos, su salud se alterará á causa de continuas irritaciones; convertirán en vanas las previsiones sublimes de la naturaleza, y tendrán que ir á morirse del pecho bebiendo leche en las montañas de Suiza.

Si sucumben á sus tentaciones legítimas, ó comprometerán á mujeres decentes—y entonces volvemos al tema de este libro—ó se degradarán en el horrible trato con las quinientas mil mujeres de que hemos hablado en la última categoría de la primera Meditación; y en tal caso ¡cuántas probabilidades de ir á morir á Suiza tomando leche!

¿No os ha chocado alguna vez, como á mí, un vicio de organización de nuestro orden social, precisamente el que va á servir de prueba moral á nuestros últimos cálculos?

El hombre se casa, por término medio, á la edad de treinta años; el término medio del desarrollo de sus pasiones, deseos violentos y apetitos genésicos, es la edad de veinte años. Ahora bien, en los diez años más hermosos de su vida, en la época misma en que su juventud, y su hermosura, y su ingenio le hacen más temible y amenazador para los maridos, se encuentra sin poder dar satisfacción *legalmente* á la irresistible necesidad de amar que agita y sacude todo su ser. Representando ese lapso de tiempo la sexta parte de la vida humana, debemos admitir que la sexta parte cuando menos de la masa masculina, y la sexta más vigorosa y osada, permanece perpetuamente en una actitud fatigosa para cada uno y peligrosa para la sociedad.

—¡Qué los casen!—exclamará alguna devota.

Pero ¿dónde está el padre de buen sentido que quiera casar á un hijo á los veinte años?

¿No se conoce el riesgo de las uniones precoces? Parece que el matrimonio sea un estado contrario á las costumbres naturales, puesto que exige una madurez de razón particular. En fin, todo el mundo sabe lo que Rousseau ha dicho: «Siempre se necesita un período de libertinaje, sea en un estado ó en otro. Es una mala levadura que tarde ó temprano fermenta.»

Y bien, ¿cuál es la madre de familia que expondría la felicidad de su hija á los azares de esta fermentación, cuando todavía no se ha efectuado?

Por otra parte, ¿qué necesidad tenemos de justificar un hecho bajo cuyo imperio existen las sociedades todas? ¿No hay en todos los países, como hemos demostrado, una inmensa cantidad de hombres que viven lo más honestamente posible fuera del matrimonio y del celibato?

—Pero tales hombres—se dirá,—¿no pueden vivir en la continencia como los sacerdotes?

Indudablemente.

Con todo, hemos de hacer observar que el voto de castidad es una de las más violentas excepciones del estado natural exigidas por la sociedad; que la continencia es la gran cuestión en el oficio de clérigo; que éste debe ser casto, como el médico es insensible á los males físicos, como el abogado y el procurador lo son á la miseria que les muestra sus llagas, como el militar lo es á la muerte que le rodea en el campo de batalla. De que las necesidades de la civilización osifiquen ciertas fibras del corazón humano y encallezcan ciertas membranas que deben raciocinar, no se deduce que todos los hombres estén obligados á sufrir esas muertes parciales y excepcionales del alma. Eso sería llevar al género humano á un execrable suicidio moral.

Pero que se presente, sin embargo, en el seno del salón más jansenista posible un joven de veintiocho años que haya conservado preciosamente su vestidura de inocencia, que sea tan virgen como los gallos silvestres con que se regalan los golosos, y veréis que la mujer más virtuosa y más austera le dirigirá cumplimientos bien amargos sobre su valor, que el magistrado más severo moverá la cabeza con sonrisa de incredulidad, y que todas las damas se taparán la cara para que nadie las vea reírse. Y si la heroica víctima se aleja del salón, ¿qué diluvio de sátiras caerá sobre su inocente cabeza!... ¡Qué de insultos!... ¡Hay algo

más vergonzoso en Francia que la impotencia, la frialdad, la ausencia de pasiones y la bobería?

El único rey de Francia que no se hubiera ahogado de risa hubiera sido, si acaso, Luis XIII; pero lo que es su padre, quizá hubiera desterrado al virginal mancebo, acusándolo de no ser francés, ó de que daba un pernicioso ejemplo.

¡Extraña contradicción! Tan criticado es un hombre por pasar su vida en *tierra santa*, como se dice en el lenguaje de la vida de soltero, como por lo contrario. ¿Será por casualidad en provecho de las mujeres decentes el que se haya ordenado á las *pasiones públicas* no comenzar hasta el anochecer y acabar á las once de la noche?

¿Dónde queréis que se quite el mal humor nuestra masa de solteros y de solterones? ¿A quién se engaña aquí? ¿A los gobernantes ó á los gobernados? ¿El orden social ha de ser como esos niños que para no oír los tiros se tapan las orejas? ¿Teme sondear la llaga? ¿O se habrá reconocido que el mal no tiene remedio y que es necesario dejar que las cosas sigan su curso? Pero hay aquí un asunto de legislación, pues no es posible escapar al dilema material y social que resulta de este balance de la virtud pública en lo referente al matrimonio. No nos toca resolver esta dificultad; sin embargo, supongamos por un momento que para preservar á tantas familias, á tantas mujeres, á tantas chicas honradas, la sociedad se viera obligada á dar á los corazones con patente el derecho de satisfacer á los solteros: ¿no deberían vuestras leyes, en tal caso, constituir en gremio á esos Decios (1) hembras que se sacrifican por la república formando un muro con sus cuerpos en defensa de las familias honradas? Los legisladores han hecho mal en no ordenar todavía ese género de cortesanas.

### XXIII

Si la cortesana es una necesidad, es también una institución.

Esta cuestión resulta tan erizada de *sies* y de *peros*, que

(1) Decio, ilustre romano, que se entregó á los dioses infernales por asegurar la victoria á su ejército (340 antes de J. C.) El nombre de Decio se emplea para designar á los que se sacrifican por los intereses de su patria.—(N. del T.)

se la legamos á nuestros descendientes; no hemos de resolver la totalidad de las cuestiones, y algunas hemos de dejarles. Por otra parte, es enteramente accidental en esta obra, pues hoy más que en ningún tiempo se ha desarrollado la sensibilidad; en ninguna época ha habido tanta diversidad de costumbres, porque, sin duda, nunca se ha comprendido como hoy que el placer procede del corazón. Pues bien, ¿cuál es el hombre de sentimiento, dónde está el soltero, que en presencia de cuatrocientas mil mujeres jóvenes y lindas, engalanadas con todos los esplendores de la fortuna y con todas las gracias del ingenio, poseyendo todos los tesoros de la coquetería y pródigas en felicidades, se quiera ir con... las otras? ¡Bah!

Consignemos para nuestros futuros legisladores, en formas claras y breves, el resultado de estos años últimos.

## XXIV

En el orden social, los abusos inevitables son leyes de la naturaleza, y fundándose en ellas debe concebir el hombre sus leyes civiles y políticas.

## XXV

El adulterio es una quiebra, con la sola diferencia, dice Champfort, de que el deshonorado no es el que hace la quiebra, sino su víctima.

En Francia, las leyes relativas al adulterio y las referencias á las quiebras necesitan grandes modificaciones. ¿Son demasiado suaves? ¿pecan por sus principios? *Caveant consules!* (1).

¡Pues bien, valeroso atleta! Ya que has tomado por tu cuenta el pequeño apóstrofe que nuestra primera Meditación dirige á las personas que han cargado con una mujer, ¿qué dices tú? Esperamos que esta ojeada á la cuestión no te haga temblar, que tú no eres uno de esos hombres cuya espina dorsal se pone ardiente y cuyo fluido nervioso se hiela en

(1) Fórmula usada por el Senado romano en los momentos de crisis y con la cual investía á los cónsules de un poder dictatorial. Significa que los cónsules vigilen, y empléase á veces en lugar de ¡cuidado! ó de ¡atención! (N. del T.)

presencia de un precipicio ó de un boa *constrictor*. ¡Ay, amigo! quien tiene tierra, tiene guerra. Los hombres que desean tu dinero, siempre son más que los que desean tu mujer.

Después de todo, los maridos son muy dueños de tomar estas bagatelas por cálculos, ó estos cálculos por bagatelas. Lo que hay de más hermoso en la vida son sus ilusiones. Lo que hay de más respetable son nuestras creencias, las más fútiles. ¿No hay muchas personas cuyos principios son sencillamente preocupaciones, y que, sin fuerzas para concebir la felicidad y la virtud por sí mismos, aceptan una virtud y una felicidad hechas por mano de los legisladores? Por eso no nos dirigimos más que á todos esos *Manfredos* que, habiendo levantado demasiadas faldas, quieren levantar lo mismo todos los velos cuando los atormenta una especie de esplin moral. Para ellos queda ahora debidamente planteada la cuestión; y nosotros ya conocemos la extensión del mal.

Nos falta examinar las probabilidades generales que pueden haber en el matrimonio de cada hombre, y hacerlo menos fuerte en el combate del que nuestro campeón debe salir vencedor.

*Importante, muy importante,  
importantísima*  
MEDITACIÓN V  
DE LOS PREDESTINADOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

AÑO 1925 MONTERREY, MEXICO

Predestinado significa destinado previamente á la dicha ó á la desdicha. La Teología se apoderó de esta palabra, empleándola siempre para designar á los bienaventurados; nosotros le damos una significación fatal para nuestros elegidos, de los cuales se puede decir lo contrario que de los del Evangelio: « Muchos son los llamados y muchos los elegidos ».

La experiencia ha demostrado que existen ciertas clases de hombres más sujetos que los otros á ciertas desgracias; así como los gascones son exagerados y los parisienses vanidosos, como están sujetas á la apoplejía las personas de cuello corto, como el carbunco ataca preferentemente á los

carniceros, la gota á los ricos, la salud á los pobres, la sordera á los reyes, la parálisis á los administradores, así también se ha observado que ciertas clases de maridos son víctimas particularmente de las pasiones ilegítimas. Estos maridos y sus mujeres acaparan á los célibes. Es una aristocracia de otro género. Si algún lector pertenece á cualquiera de esas clases aristocráticas, esperamos que tendrá bastante ánimo, así como su mujer, para recordar el axioma favorito de la gramática latina de Lhomond: «No hay regla sin excepción». Un amigo de la casa puede hasta citar este verso:

Siempre exceptuarse puede á los presentes.

Y cada uno de ellos tendrá, *in petto*, el derecho de creerse una excepción. Pero nuestro deber, el interés que nos inspiran los maridos, el deseo que tenemos de preservar á tantas y tan lindas jóvenes de los caprichos y de las penas que trae consigo un amante, nos obligan á señalar por orden los maridos que deben más particularmente vivir más prevenidos.

Al detallarlos, aparecerán primero todos los maridos que por sus negocios, sus funciones ó sus cargos tienen que estar fuera de casa en determinadas horas y por cierto tiempo. Estos son los que llevan el pendón ó estandarte de la cofradía.

Entre ellos, distinguiremos á los magistrados, sean amovibles ó inamovibles, que deben permanecer en la Audiencia una gran parte del día; los demás funcionarios encuentran á veces la manera de dejar sus oficinas, pero un juez y un fiscal no tienen más remedio que morir en sus puestos; para ellos, la Audiencia es un campo de batalla.

Lo mismo diremos de los diputados y senadores que discuten las leyes, de los ministros que despachan con el rey, de los directores que despachan con los ministros, de los militares en campaña y hasta del cabo que patrulla, como lo prueba la carta de Lafleur en el *Viaje sentimental*.

Después de las personas obligadas á ausentarse de su hogar en horas fijas, vienen los hombres á quienes sus grandes y serias ocupaciones les quitan el tiempo no dejándoles ni un solo minuto para ser amables; sus frentes siempre están pensativas, sus conversaciones casi nunca son alegres.

A la cabeza de estas tropas *incornifistibuladas*, colocaremos sin vacilar á los banqueros que manejan millones, cuyas cabezas están tan llenas de números, que éstos acaban por atravesar el occipucio elevándose en columnas de sumandos por encima de sus frentes.

Estos millonarios olvidan á menudo las santas leyes del matrimonio y los cuidados exigidos por la tierna flor que tienen el deber de cultivar, no pensando en regarla ni en preservarla á tiempo del frío ó del calor. Apenas si se acuerdan de que la felicidad de una esposa les está confiada; gracias que se acuerden al sentarse á la mesa, cuando ven delante de sus ojos á una mujer vestida elegantemente, ricamente adornada, ó cuando la muy coqueta, graciosa como Venus, acude con exigencias á la caja. Aquella noche, ¡ah! se acuerdan hasta con exceso de los derechos especificados en el artículo 213 del Código civil, y sus mujeres los reconocen, pero como esos tributos que establecen las leyes sobre las mercancías extranjeras, y ellas los sufren y los pagan en virtud de este axioma: No hay placer que no cueste algún trabajo.

Los sabios, que están meses enteros royendo el hueso de un animal antediluviano, ó calculando las leyes de la naturaleza, ó espionando sus secretos; los grecistas y latinistas que comen pensando en Tácito, cenan con una frase de Tucídides, viven tragando polvo de las bibliotecas á caza de una nota ó de un papiro, todos ellos son predestinados. Nada les llama la atención, nada les choca de lo que pasa en torno de ellos, tan grande es su éxtasis, tan absortos están. ¡Consumárase en plena luz su desgracia, que no se enterarían!... Son felices, ¡mil veces felices! Ejemplo: Beauzé, que, volviendo á su casa después de una sesión de la Academia, sorprende á su mujer con un alemán.

—Ya os decía yo, señora, que era preciso que yo me voy...—exclama el extranjero.

—A lo menos, señor—le dice el académico,—diga usted: ¡que yo me fuese!

Vienen luego, lira en mano, algunos poetas cuyas fuerzas vitales han abandonado el entresuelo para irse todas al piso alto. Más diestros en montar el Pegaso (1) que la

(1) Caballo alado que, de una patada, hizo brotar la fuente Hipocrana, adonde los poetas iban á proveerse de inspiración.—(N. del T.)

yegua doméstica, se casan poco, habituados como están á descargar sus furores en las Cloris (1) vagabundas ó imaginarias.

Y los hombres con las narices llenas de tabaco;

Y los que, por desgracia, han nacido con una eterna pituita;

Y los marinos que fuman ó que mascan;

Y los que, por su carácter seco y bilioso, parece que se han comido una manzana agria;

Y los que tienen en su vida privada algunas costumbres cínicas, varias prácticas ridículas, conservando á pesar de todo un aire de santidad;

Y los maridos que obtienen el mote denigrante de empujadores ó calentamientos;

Por último, los viejos que se casan con muchachas jóvenes;

Todos estos son los predestinados por excelencia.

Hay una postrera clase de predestinados cuyo infortunio también es casi cierto. Nos referimos á los hombres inquietos y quisquillosos, entrometidos y tiránicos, poseídos de no sé qué ideas de dominación doméstica, pensando francamente mal de las mujeres, y que conocen la vida como los abejorros conocen la historia natural. Cuando esos hombres se casan, parecen sus familias avisvas decapitadas por un colegial y volteando sobre un vidrio de un lado para otro. A esta clase de predestinados no les servirá este libro, que es para ellos letra muerta. No escribimos para esos imbéciles, estatuas ambulantes, que parecen esculturas de catedral, como no lo hacemos para las viejas máquinas de Marly, que ya no pueden elevar agua en los jardines de Versailles sin exponerse á una súbita disolución.

Voy únicamente á observar en los salones las singularidades conyugales que hormiguan en ellos, sin tener en la memoria un espectáculo de que gocé en mi juventud.

En 1819 vivía yo en un caserío en el seno del delicioso valle de Isle-Adam. Mi choza, próxima al parque de Cassán, era el más dulce retiro, el más voluptuoso por su aspecto, el más lindo y más húmedo de cuantos han sido creados por el arte y por el lujo. Aquella verde cartuja era debida á un intendente del régimen antiguo, un tal Berge-

(1) Diosa de las flores.—(N. del T.)

ret, hombre célebre por su originalidad, y que, entre otras heliogabalerías, iba á la Ópera con los caballos empolvados de oro, iluminaba para él solo su extenso parque ó se daba fiestas suntuosas á sí mismo. Aquel burgués Sardanápalo había vuelto de Italia tan apasionado por los paisajes de tan bello país, que llevó su fanatismo al extremo de gastar cinco millones haciendo copiar en su parque las vistas que había tomado ó que tenía en cartera. Los más deliciosos contrastes de follaje, los árboles más raros, las vistas más caprichosas, los valles más amenos, las islas Borromeas flotando en aguas límpidas, eran otros tantos rayos de luz que aportaban sus tesoros de óptica á un centro único, á una *isola bella* desde donde la mirada distinguía con encanto los detalles todos, en una isla en cuyo seno se ocultaba una casita rústica entre árboles centenarios, en una isla bordada de plantas y de flores, que parecía una esmeralda engarzada en un espejo. ¡Era cosa de huir!... El más enfermizo, el más seco y melancólico de nuestros hombres de genio sin salud, se moriría allí de satisfacción al cabo de quince días agobiado por las succulentas riquezas de una existencia vegetal. El hombre incalificable que poseía entonces tal Edén, había puesto todas sus afecciones en un mono, á falta de una mujer ó un hijo. Amado en otro tiempo por una emperatriz, según decían, tal vez estuviera harto de la especie humana. Una elegante linterna de madera, sostenida por una columna escultural, servía de vivienda al malicioso animal, que, siempre encadenado, rara vez acariciado por su dueño, más á menudo en París que en sus posesiones, había adquirido pésima fama. Recuerdo haberlo visto, en presencia de respetables damas, tornándose casi tan insolente como un hombre. El dueño se vió obligado á matarlo, ¡tanto crecía la maldad del mono! Estaba yo una mañana sentado tranquilamente á la sombra de un tulipán florido, ocupado en no hacer nada, pero respirando los amorosos perfumes de los árboles, saboreando el silencio de los bosques, escuchando los murmullos del agua y los rumores de las hojas, admirando los recortes azules que dibujaban sobre mi cabeza las nubes de nácar y oro, pensando tal vez en mi vida futura, cuando oí á un mal aficionado, llegado el día antes de París, tocando el violín con la rabia súbita de un desocupado. No le deseo ni á mi peor y más cruel enemigo que experimente tan terrible contraste con la

sublime armonía de la naturaleza. ¡Qué impresiones tan dispares! Si los lejanos sonidos del cuerno de Rolando hubieran animado los aires, bueno... pero ¿cómo resistir un alboroto, un ruido tal, con la pretensión de traducir frases e ideas humanas? Aquel Anfión (1), que se paseaba por el comedor rascando su violín, concluyó por sentarse en el alféizar de una ventana, enfrente precisamente del mono. Tal vez lo hiciera deseando un público. De repente el animal bajó de su habitación, plantándose en dos pies; y le vi inclinar la cabeza como un nadador y cruzarse los brazos sobre el pecho, como hubieran podido hacerlo Espartaco encadenado, ó Catilina oyendo á Cicerón. Llamado el violinista por una voz argentina, dejó el violín en la ventana y se marchó corriendo... como la golondrina que busca á su compañera con vuelo rápido. El mono, cuya cadena era bastante larga, se llegó hasta la ventana y gravemente se apoderó del violín. No sé, lector, si habrás tenido como yo el placer inmenso de ver á un mono intentando aprender música; pero aún hoy, en que ya no río tan fácilmente como en los hermosos días de mi juventud, no me acuerdo nunca de mi mono sin sonreírme. El semihombre comenzó por empuñar el instrumento y por olerlo, como si fuera una manzana. Su aspiración nasal, sin duda, arrancó algún sonido sordo al instrumento, y entonces el orangután movió la testa, le dió la vuelta al violín, miró, palpó, lo puso derecho, lo sacudió, se lo llevó al oído, lo soltó y volvió á cogerlo, todo con una rapidez de movimientos que sólo tienen los monos. Interrogó al instrumento de madera con una sagacidad sin objeto, que tenía algo de incompleto y un no sé qué de maravilloso. Por último trató, de la manera más grotesca, de colocar el violín bajo la barba, teniendo cogido con la mano como el violinista; pero se cansó, bien pronto del estudio, como niño mimado, y se puso á pellizcar las cuerdas, no arrancándoles más que sonidos discordes. Ya enfadado, colocó el violín en la ventana, y cogiendo con ambas manos el arco, empezó á frotarlo sobre el instrumento como haría un obrero aserrador. No obteniendo más resultado de la nueva tentativa que cansar sus oídos delicados, se puso á dar golpes con el arco

(1) Poeta y músico griego que, según cuenta la fábula, construyó los muros de Tebas con su flauta.—(N. del T.)

al inocente violín. Parecíame ver á un escolar dándole puñetazos á otro, ya caído, para castigarlo por alguna mala acción. Juzgado y condenado el violín, el mono se sentó sobre sus restos divirtiéndose con una alegría estúpida en pasar el arco roto por su blonda cabellera.

Desde aquel día, jamás he podido ver á los predestinados sin comparar á los más de los maridos con el mono que se empeñaba en tocar el violín.

El amor es la más melodiosa de todas las armonías, y su sentimiento es en nosotros innato. La mujer es un delicioso instrumento de placer, pero hay que conocer sus delicadas cuerdas, saberlas templar, estudiar á fondo su teclado caprichoso, tímido, voluble. ¡Cuántos orangut... quiero decir, cuántos hombres se casan sin saber, ni siquiera sospechar lo que es una hembra! ¡Cuántos predestinados han procedido con ellas como el consabido mono de Cassán con su violín! Han destrozado el corazón que no comprendían, como han roto y desdeñado la joya cuyo secreto les era desconocido. Niños toda su vida, se van de la vida con las manos vacías, habiendo vegetado, habiendo hablado de amor y de placer, de libertinaje y de virtud, como los esclavos hablan de la libertad. Casi todos se han casado en la ignorancia más profunda, así de la mujer como del amor. Han empezado por forzar la puerta de una casa extraña y después han querido ser bien recibidos en la sala. Pero el artista más vulgar sabe que existe entre él y su instrumento (¡un instrumento que es de madera ó de marfil!) una especie de indefinible amistad. Sabe por experiencia que ha necesitado años para establecer esa relación misteriosa entre la materia y él, y se trató de una materia inerte. No adivinó desde el primer instante las recursos y caprichos del instrumento, sus faltas y sus virtudes. El instrumento no se convierte en alma para él y en fuente de melodías sino después de prolongados estudios; no llegan á entenderse como dos amigos sino después de muchas y muy sabias interrogaciones.

¿Es que retirado del mundo, como un pobre seminarista en su celda, puede aprender el hombre á la mujer ni descifrar el admirable enigma que encierra? ¿Es que un hombre que se ocupa en discurrir por los otros, en juzgar por los otros, en gobernar por los otros, en robar á los otros, en alimentar, curar ó herir á los otros, puede tener tiempo

ninguno para estudiar á la mujer? Los que hacen oficio de esas cosas y venden su tiempo, ¿cómo han de consagrarlo á ser felices? El dinero es su dios. No se sirve á dos amos á la vez. Así está el mundo lleno de mujeres jóvenes que se arrastran débiles, pálidas, enfermas ó enfermizas. Las unas padecen inflamaciones más ó menos graves, las otras son presa de ataques nerviosos más ó menos violentos. Los maridos de esas mujeres son todos ellos ignorantes y predestinados. Han causado su propia desdicha con el cuidado que un marido artista hubiera puesto en hacer abrir las tardías y delicadas flores del placer. El tiempo que un ignorante emplea en consumir su ruina, es precisamente el que un hombre hábil sabe emplear en la educación de su ventura.

## XXVI

No empecéis nunca el matrimonio por una violación.

En las Meditaciones precedentes hemos acusado la extensión del mal con la irrespetuosa audacia de los cirujanos que desenvuelven atrevidamente los tejidos engañosos bajo los cuales se esconde vergonzosa llaga. Traída la virtud pública á la mesa de nuestro anfiteatro, no ha dejado ni trazas en el escarpelo. Amante ó marido, ¿habéis temblado ó habéis reído del mal? Pues bien, si echamos este inmenso peso social sobre la conciencia de los predestinados, es con cierta satisfacción maliciosa. Arlequín, intentando averiguar si su caballo puede acostumbrarse á no comer, es menos ridículo que los hombres que quisieran encontrar la felicidad en familia, sin cultivarla con todo el esmero que le corresponde. Las faltas de las mujeres son otras tantas actas de acusación contra el descuido, la incuria y la nulidad de los maridos.

Ahora, lector, á ti que tantas veces has condenado tu propio crimen en otro, te toca el sostener la balanza. Uno de los platillos está sobrado lleno, ¡á ver qué pones en el otro! Calcula el número de los predestinados que puede haber en la suma total de matrimonios, y pesa: verás dónde está el mal.

Tratemos de ahondar aun más las causas de esta enfermedad conyugal.

La palabra *amor*, aplicada á la reproducción de la espe-

cie, es la más odiosa y repugnante blasfemia que las costumbres modernas hayan enseñado á proferir. La naturaleza, al ponernos por encima de los animales, dotándonos de pensamiento, nos ha hechos aptos para experimentar sensaciones y sentimientos, necesidades y pasiones. Esta doble naturaleza crea en el hombre el animal amante. Esta distinción va á iluminar el problema social que nos ocupa.

El matrimonio puede ser considerado política, civil y moralmente, como una ley, como un contrato, como una institución: ley, es la reproducción de la especie; contrato, es la transmisión de la propiedad; institución, es una garantía cuyas obligaciones interesan á todos los hombres: todos tienen padre y madre, y tendrán hijos. El matrimonio ley debe ser objeto del respeto general. La sociedad no ha podido considerar más que esos puntos culminantes, que dominan la cuestión conyugal.

La mayoría de los hombres sólo ha tenido en cuenta para casarse la reproducción, la propiedad ó el hijo; pero ni la reproducción, ni la propiedad, ni el hijo constituyen la felicidad. El *Crescite et multiplicamini* no implica el amor. Pedir á una chica á la que se ha visto catorce veces en quince días, amor por la ley, por el rey, por la justicia, es un absurdo digno de casi todos los predestinados.

El amor es el consorcio de la necesidad y del sentimiento; la felicidad del matrimonio es la resultancia de una perfecta armonía de las almas de los dos cónyuges. De esto se sigue que el hombre, para ser feliz, está obligado á ajustarse á ciertas reglas de honor y delicadeza. Después de haber usado del beneficio de la ley social que consagra la necesidad, debe someterse á las leyes secretas de la naturaleza que hacen germinar los sentimientos. Si es que cifra su felicidad en ser amado, preciso es que él ame sinceramente: nada resiste á una pasión verdadera.

Pero ser apasionado, es desear siempre. ¿Se puede siempre desear á la mujer propia?

Sí.

Tan absurdo es imaginar que es imposible amar siempre á la misma mujer, como lo sería pensar que un artista célebre tenga necesidad de varios violines para ejecutar un trozo de música y para crear una melodía encantadora.

El amor es la poesía de los sentidos. Tiene el destino de todo lo que es grande en el hombre y de todo lo que dimana

→ El matrimonio es gustoso siempre del mismo amor.

de su pensamiento. Ó es sublime, ó no lo es. Cuando existe, existe para siempre y va creciendo siempre. Este amor es el que los antiguos suponían hijo del Cielo y de la Tierra.

La literatura gira sobre siete situaciones; la música lo expresa todo con siete notas; la pintura no tiene más que siete colores. Como estas tres artes, quizá el amor lo compongan siete principios; abandonamos su determinación al siglo venidero.

Si la poesía, la música y la pintura tienen expresiones infinitas, los placeres del amor deben de ofrecer todavía más; pues en las tres artes que nos ayudan á buscar, tal vez infructuosamente, la verdad por analogía, el hombre se encuentra solo con su imaginación, mientras que el amor es la reunión de dos cuerpos y de dos almas. Si los tres modos principales que sirven para expresar el pensamiento exigen estudios preliminares aun á los mismos que la naturaleza ha hecho poetas, músicos ó pintores, ¿no es de buen sentido el suponer que es necesario iniciarse en los secretos del placer para ser felices? Todos los hombres sienten la necesidad de la reproducción, como todos tienen hambre y sed; pero no todos están llamados á ser amantes y gastrónomos. Nuestra civilización actual ha probado que el gusto es una ciencia, y que sólo ciertos privilegiados saben comer y beber. El amor, considerado como arte, espera su fisiologista. A nosotros nos basta haber demostrado que la ignorancia de los principios constitutivos de la felicidad produce el infortunio que les espera á los predestinados.

Sólo con gran timidez nos atreveremos á aventurar la publicación de varios aforismos que podrían dar nacimiento á ese arte nuevo, como los pedruscos han creado la geología; y entregamos nuestros aforismos á las meditaciones de los filósofos, de los jóvenes casaderos y de los predestinados.

#### CATECISMO CONYUGAL

XXVII

El matrimonio es una ciencia.

XXVIII

Un hombre no puede casarse sin haber estudiado la anatomía y hecho la disección de una mujer, á lo menos.

XXIX

La suerte de una familia depende de la primera noche.

XXX

La mujer privada de su libre albedrío no puede nunca tener el mérito de hacer un sacrificio.

XXXI

En amor, el alma aparte, la mujer es como una lira, que no entrega sus secretos sino al que sabe tocarla.

XXXII

Independientemente de un movimiento repulsivo, existe en el alma de todas las mujeres un sentimiento que tiende á proscribir, tarde ó temprano, los placeres desprovistos de pasión.

XXXIII

El interés de un marido le prescribe, tanto ó más que el honor, el no permitirse un placer que no haya tenido el talento de hacerlo desear á su esposa.

XXXIV

Siendo causado el placer por la alianza de las sensaciones y de un sentimiento, se puede decir, aunque sea esto algo atrevido, que los placeres son una especie de ideas materiales.

XXXV

Combinándose las ideas hasta lo infinito, debe suceder lo mismo con los placeres.

XXXVI

Así como no hay en un mismo árbol dos hojas idénticas, tampoco se encuentran en la vida de un hombre dos momentos de placer iguales.

XXXVII

Si hay diferencias entre un momento de placer y otro, es claro que un hombre puede ser siempre feliz con la misma mujer.